

despecho de las excitaciones emanadas de Roma, nunca la raza inglesa, aunque católica, hubiera aceptado el yugo de España. La Reforma anglicana no era más que una insurrección del espíritu nacional contra la dominación de los papas; esta necesidad de independencia y de libertad era universal y tenía más fuerza que el catolicismo y que Felipe II.

II.

Felipe II encontró el terreno mejor preparado en Francia. El fanatismo ultramontano, exaltando á una población inflamable, había casi destruido el sentimiento de la patria; la integridad del territorio, es decir, la existencia misma del Estado, estaba subordinada á la conservación de la antigua religión. Católicos son los que escribieron estas culpables palabras: «*Aun cuando el reino tuviera menor extensión que la que tiene, con tal que purgado de herejía y de ateísmo pudiera hacer más bien á la república cristiana y á sí mismo, que lo que pudiera con la corrupción presente, aun cuando fuera más grande que toda el Asia*» (1). Desde el principio de las guerras de religión, los católicos franceses volvieron los ojos hácia el príncipe que era como el jefe del mundo católico. Un embajador veneciano escribe en 1571 (2): «*Así como los que gobiernan la Francia temen á Felipe II, así los católicos, y SOBRE TODO LOS PRELADOS, lo desean; solamente de él esperan su salvación*». Ya en 1564, el rey de España pensaba en hacerse dueño de la Francia, «*bajo el manto de la religión católica y con la ayuda de los de Guisa*» (3). En 1567, el cardenal Lorena ofreció plazas fuertes á Felipe II, y le recordó el derecho de su hija al trono de Francia. El duque de Alba acogió con avidez este pensamiento de un traidor (4). Escribió á su señor: «*Llegando á morir el rey de Francia y sus hermanos, se podría, como lo propone el cardenal de*

(1) RANKE, *Französische Geschichte*, t. I, p. 513, nota.

(2) SORIANO, *Relazione*, en TOMASEO, t. I, p. 560.

(3) Memoria de lo que es necesario para el servicio de S. M. el rey católico. (GRANVELLE, *Papeles de Estado*, t. VIII, p. 23.)

(4) GACHARD, *Correspondencia de Felipe II*, t. I, p. 593.

Guisa, reivindicar la corona para Vuestra Majestad, en razón del derecho de la reina nuestra señora. La ley sálica, de que se habla, es una broma, y las armas allanarían las dificultades que presenta.» Los católicos se preocupaban vivamente de esta idea y la aplaudían; hablábase de la necesidad de algún nuevo Hugo Capeto que reemplazase á la mala raza florentina y de los Borbones (1). Claro está que el hombre deseado, el regenerador de la Francia, era Felipe II. ¡Qué ceguedad! Se saludaba como á un salvador al príncipe que conducía á la España hácia una decadencia fatal, y la causa de esta decadencia era precisamente el catolicismo estrecho que los franceses culpables querían imponer á su patria. La nación francesa fué grande y fuerte precisamente por haberse librado de aquel régimen de embrutecimiento intelectual.

Sin embargo, la extinción de la familia de los Valois daba esperanzas al rey de España. En 1589, viviendo Enrique III, los individuos de la liga propusieron declarar á Felipe II *protector del reino de Francia*. No dejaron de decir que se impondrían condiciones al rey de España, pero los más ciegos comprendían á dónde se quería llegar; el protectorado debía allanarle el camino para llegar al trono (2). Después del asesinato del duque de Guisa, los partidarios de la liga no guardaron ninguna consideración. El duque de Mayenne, que hasta entonces había manifestado sentimientos franceses, apeló á Felipe II como al único defensor de la Iglesia contra los herejes, cuya causa era á la sazón la de Enrique III (3). Había, sin embargo, algunos espíritus honrados en el campo católico que se asustaban de empuñar las armas contra su rey; para calmar sus escrúpulos se recurrió á la Sorbona, primera autoridad teológica de la cristiandad. La sagrada facultad, después de haberse iluminado con las luces de la Sagrada Escritura, de los cánones, de los concilios y de los decretos de los soberanos pontífices, declaró que los «*súbditos de Enrique III estaban, no solamente dispensados y libres de su juramento de fidelidad, sino que podían, sin cargo alguno de conciencia, tomar las armas contra*

(1) Carta de Foncq al cardenal de Granvelle. GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. VIII, p. 134.)

(2) PALMA CAYET, *Cronología novenaria*. (PETITOT, t. XXXIX, p. 323.)

(3) CAPEFIGUE, *Historia de la Reforma*, t. V, p. 307.

él» (1). Enrique III escribió á Felipe II que la liga era una pura rebelion, bajo un falso pretexto de religion (2). Hoy los católicos se vanaglorian de ser los conservadores por excelencia; protestan que jamas han predicado la insurreccion; que á lo más admiten la resistencia pasiva. La liga es una respuesta á esta doctrina engañadora. Felipe II, jefe del catolicismo, pisoteaba los derechos de la monarquía cuando se trataba de la causa de Dios: « Protestamos ante Dios y ante sus ángeles, que los preparativos que hacemos no tienden á otro fin que á la exaltacion de nuestra madre la santa Iglesia católica, apostólica, romana, reposo de los buenos católicos bajo la obediencia de sus príncipes legítimos, extirpacion de toda clase de herejías, paz y concordia de los príncipes cristianos. » Tantas mentiras como palabras.

Se ha tratado en nuestros dias de rehabilitar la liga, en nombre de la religion y de la libertad. Por el honor del catolicismo, sus defensores hubieran debido guardar un prudente silencio: « Culpable para con el último Valois, dice *Chateaubriand*, la liga fué inocente para el primer Borbon. » Vamos á entrar en algunos detalles; los hechos decidirán. Oigamos primeramente el decreto de la Sorbona contra Enrique IV: « La sagrada facultad, despues de haber celebrado la misa del Espíritu Santo, declara que está prohibido á los católicos, POR DERECHO DIVINO, el admitir por rey á un hereje, y más estrechamente todavía á un relapso nominalmente excomulgado por la Santa Sede; que los que se esfuerce en hacer llegar al trono á semejante personaje, injurian á los sagrados cánones, y puede suponérseles incursos en herejía; que áun cuando Enrique de Borbon obtuviese una absolucion, los Franceses no tendrian menor obligacion de resistirle; que los que le ayudasen, incurririan en pecado mortal, como desertores de la religion, AL PASO QUE LOS QUE SE LE OPUSIERAN, GANARIAN MUCHO ANTE DIOS Y ANTE LOS HOMBRES; QUE INSISTIENDO LOS PRIMEROS EN PREPARAR EL REINO DE SATANÁS, LES ESTABA ESPERANDO EL FUEGO ETERNO, AL PASO QUE LOS DEMAS TENDRIAN EL CIELO POR RECOMPENSA, Y COMO DEFENSORES

(1) *Archivos curiosos de la Historia de Francia*, primera serie, t. XII, p. 352: « *Audit multis et variis rationibus, quæ magna ex parte tum ex Scripturis sacris, tum canonicis sanctionibus et decretis pontificum...* »

(2) *CAPEFIGUE, Historia de la Reforma*, t. V, p. 319.

DE LA FE, ALCANZARIAN LA PALMA DEL MARTIRIO» (1). Para que nada faltase á esta justificacion de la insurreccion, el legado aprobó la decision de la Sorbona. Como los católicos templados trabajaban por dar la paz á su patria, llevando á Enrique IV al seno de la Iglesia, el legado prohibió todo concilio que se celebrase con este objeto; declaró de antemano excomulgados y depuestos á los obispos que concurrieran á él (2). El papa, en todas las ocasiones, dió su aprobacion á los individuos de la liga, diciendo que eran los verdaderos fieles, los hijos de la esposa legítima, al paso que censuraba de bastardos á los católicos que permanecian fieles á su rey (3).

Nada más odioso, nada más irritante que las injurias y las calumnias lanzadas desde los pulpitos católicos contra Enrique IV. Vamos á reproducir algunos rasgos de aquella polémica repugnante, para que se vea hasta dónde pueden extraviarse las pasiones religiosas. Los términos más corteses de que se servian los predicadores hablando del rey de Francia, eran los de bastardo y de hijo de p..... El famoso Boucher le llamó el « dragon rojo de que hace mencion el Apocalipsis »; dijo que su madre « era una vieja loba que iba buscando aventuras por todas partes »; el jesuita Commolet le llamó « infame, tirano, perro y hereje. » Un italiano que predicaba la Cuaresma en París, dijo que Enrique « habia yacido con nuestra madre la Iglesia y hecho á Dios cornudo, empuñando á las abadesas de Montmartre y de Poissy, pero que Dios le ajustaria las cuentas. » El obispo Rose exclamó hablando del rey: « ¿Cómo hubierais podido recibir á ese tirano, que ha metido el brazo hasta el codo en la sangre de los católicos y hecho enterrar vivos hasta el cuello á los sacerdotes? » « Más valdria, dice el prior de los carmelitas, tener por rey al Turco que á Enrique IV » (4). No habia mentira que los predicadores no afirmasen, para perder al rey en el ánimo del pueblo; decian « que habia prometido á sus ministros arruinar la religion y destruir la ciudad de

(1) *Memorias de la Liga*, t. IV, p. 268.—*L'ESTOILE, Diario*. (PETITOT, t. XLVI, p. 45-47.)

(2) *POIRSON, Historia de Enrique IV*, t. I, p. 67.

(3) Véase el tomo IX de mis *Estudios históricos*.

(4) *Diario de L'ESTOILE*, en PETITOT, t. XLVI, p. 128, 137, 342, 357.

París, que era su más sólida defensa. » Para hacer creer estas cosas increíbles, se hacían actas falsas, que leían después en las cátedras llamadas de la verdad (1).

Enrique IV se convirtió por devolver la paz á la Francia, y envió un embajador á Roma encargado de reconciliarle con la Santa Sede. Felipe II, ese hijo cariñoso de la Iglesia, se opuso con todo su poder á la reconciliación; su embajador se atrevió á decir al papa, que si no echaba al enviado del rey de Navarra, su señor le haría deponer del pontificado por un concilio español (2). Después de la conversión del rey, los furiosos de la liga se aumentaron. El cura de San Andrés exhortó al pueblo « á no recibirle jamás, hiciese la profesión de religión que quisiese, porque no era más que fullería é hipocresía, y que un relapso como él no era bueno más que para ser quemado. Se dice que será católico, exclamó el fogoso predicador: y que irá á misa. ¡ Ah, amigos míos! también los perros van. Y yo os diré además, que si va alguna vez, nõ habrá ya más religión, ni más misas, procesiones ni sermones. Y esto es tan cierto, como que Dios está en el Santísimo Sacramento del altar, que voy á recibir. » Un franciscano aseguró « que uno de aquellos días un trueno mataría al rey, ó bien que éste reventaría; aparte de que, dijo, tiene el bajo vientre completamente podrido de lo que ya sabeis » (3). Se le acusó en pleno púlpito de adorar á los demonios: « Lo cual fué causa, dice un contemporáneo, de que el pueblo sencillamente se animase y se aferrase sin discernimiento en su rebelión contra él » (4).

¡ Hé aquí cómo iluminaban al pueblo los predicadores de la liga en las cátedras de la verdad! Lo que aumenta la infamia de estas mentiras, es que eran pagadas por el oro español; los individuos de la liga estaban á sueldo de Felipe II. Olvidando todo pudor, los más celosos le ofrecieron la corona. Léase la carta vergonzosa que los DIEZ Y SEIS escribieron al rey de España, para que se vea hasta dónde lleva el olvido de la patria el fanatismo católico: « Podemos ciertamente asegurar á V. M. que los deseos de todos los

(1) ID., *ibid.*, t. XLVI, p. 91.—*Memorias de la Liga*, t. I, p. 131.

(2) PALMA CAYET, *Cronología*, en PETITOT, t. XL, p. 88.

(3) *Diario de L'ESTOILE*, en PETITOT, t. XLVI, p. 387, 395, 392, 419.

(4) PALMA CAYET, *Cronología*, en PETITOT, t. XXXIX, p. 10.

católicos son verle reinar sobre nosotros, como nosotros nos arrojamos espontáneamente en sus brazos, como nuestro padre, ó bien que establezca aquí á alguno de su posteridad, para que fraternicen en alianza perpétua estas dos grandes monarquías, para la mayor gloria de Nuestro Señor Jesucristo, esplendor de su Iglesia y unión de todos los habitantes de la tierra bajo las enseñanzas del cristianismo » (1). Felipe II tomó en serio aquellos deseos, comprados con su oro; entabló negociaciones para hacer reconocer á su hija como reina de Francia; si fracasó en su pretensión, fué tan sólo por exceso de ambición. Hubiera querido que, hollando la ley sálica, la Francia hubiera admitido á la infanta española como heredera legítima del trono. Ya el rey creía realizada la monarquía universal. Y en realidad, ¿quién hubiera podido resistir al señor de España, de Italia, de Francia y de los Países Bajos?

Sin embargo, tuvo que someterse á algo que pareciese elección.

Los Estados generales de la liga se reunieron en París para decidir de la suerte de la Francia. Felipe II envió un embajador encargado de negociar la traslación de la corona á la infanta Isabel. El duque de Feria arengó á los Estados; después de haber enumerado todo cuanto el rey su señor había hecho por la fe, acabó diciendo que la salvación de la Francia pedía que se eligiese por rey un príncipe poseído de un celo muy ardiente por la religión católica, apostólica, romana (2). El cardenal Pelevé, arzobispo de Reims, en su respuesta al Español, volvió á insistir sobre las alabanzas de Felipe II: « Es verdaderamente católico aquel que, no solamente en su país, sino en los reinos extranjeros, ha procurado, á pesar de los esfuerzos de los Turcos y de los herejes, propagar y defender la religión católica.... ¿Y quién es el que no le alaba, quién no le ama y le admira, tanto por sus virtudes como por el celo ardiente que ha manifestado siempre por la conservación y propaganda de la religión católica? » El orador coloca á su héroe por encima de Trajano y de Teodosio, por encima del mismo Carlos V: « Es el rey católico por excelencia; la Francia, después

(1) ID., *ibid.*, t. XL, p. 360.

(2) *Actas de los Estados generales*, de 1593, publicadas por A. BERNARD, página 129.

de Dios, le reconoce por su libertador » (1). ¡Tal fué el lenguaje empleado por el primado de las Galias! Los embajadores de España declararon á los Estados que, no habiendo dejado Enrique III heredero varon, « era completamente evidente que, segun el derecho natural, divino y comun, la señora infanta era legítima heredera del reino. Unase á esto la eleccion, dijeron, si se la juzga necesaria » (2). El legado intervino para apoyar á España; el papa, dijo, le había enviado á Francia para procurar la eleccion de un rey que, lleno de celo por la fe católica, pudiese reprimir todos los excesos de la herejía. Exhortó á la asamblea « á que abrazase inmediatamente y con oportunidad una ocasion tan buena, enviada por la Providencia para asegurar la religion católica en aquel reino » (3). La proposicion tuvo buena acogida en la cámara del clero; no les quedaba ya á los prelados ni chispa de patriotismo. Aun en el seno de la liga se manifestó una viva reaccion contra la dominacion extranjera. ¿Qué respondió el clero? « Que se hacía mal en llamar extranjeros á los Españoles, que entre los cristianos no habia extranjeros » (4). ¡Lo que es el cosmopolitismo católico! El orden de la nobleza no fué de esta opinion; para rechazar al Español se parapetó detrás de la ley sálica. Lo mismo hizo el tercer estado; por medio del Parlamento encargó al lugar teniente general del reino que velase, « porque, bajo pretexto de religion, no fuese transferida la corona á manos extranjeras contra las leyes del reino » (5). El sentimiento de la patria triunfó sobre el fanatismo ultramontano.

La conversion abrió á Enrique IV las puertas de París; pero para que su reconciliacion fuese completa, necesitaba de la absolucion del papa. Ahora bien; Felipe II dominaba en Roma, y contaba con impedir á la Santa Sede el reconocer á Enrique IV. Violentó literalmente al santo padre. El duque de Nevers, embajador de Francia, nos da á conocer las amenazas por medio de las cuales el rey de España se imponia á la córte de Roma: « Si el

(1) *Estados generales*, de 1593, p. 137-141.

(2) *IBID.*, p. 213.

(3) *IBID.*, p. 263, 289.—DE THOU, *Historia universal*, lib. CIII.

(4) *Estados generales*, de 1593, p. 392.

(5) *IBID.*, p. 546, 736 y sig.

papa concede la absolucion á Enrique, Felipe II sitiara por hambre la ciudad; provocará un cisma en la monarquía española; incitará al emperador á volver á pedir Roma y demas ciudades pertenecientes al imperio, y le ayudará á ejecutar sus reclamaciones; á mal andar, le declarará guerra abierta, como lo habia hecho á Pablo Farnesio » (1). Clemente VIII cedió por largo tiempo ante estas amenazas; pero cuanto más violentas eran, más daban que reflexionar al papa. Operóse una viva reaccion en Roma contra la dominacion española; se echó de ver que, si Felipe II alcanzaba el objeto de su ambicion, el soberano pontífice no sería más que el instrumento del rey de España. Por otra parte, el cisma era inminente en Francia. El interes de la religion se unia, pues, al de la santa sede, para inspirar al papa el valor de arrostrar la cólera de España. En definitiva, la corona de Francia se le escapó á Felipe, lo mismo que se le habia escapado la corona de Inglaterra. El espíritu de independendencia nacional se sublevó contra las pretensiones de la casa de Austria hasta en el seno del Vaticano; el papa, lo mismo que los demas reyes, no queria un monarca universal.

N.º 3.—*Enrique IV, Isabel y Felipe II.*

La Francia luchó incesantemente contra la ambicion de la casa de Austria, aún en medio de sus disensiones civiles; pero la rivalidad de Carlos IX y de Enrique III era estéril. Dominada por las pasiones religiosas, la monarquía acabó por ponerse á la cabeza del partido católico contra la Reforma; esto era perpetuar las guerras de religion, y estas guerras constituian la fuerza de Felipe II. Por más que los reyes cristianísimos abrazaron el partido del catolicismo, no inspiraron jamas una entera confianza á los ortodoxos; el verdadero jefe de la liga católica era el rey de España. Para combatir á la casa de Austria se necesitaba un príncipe reformado, ó al ménos un adversario decidido de la liga. Tal fué Enrique IV; elevado al trono despues de largos combates contra

(1) *Memorias del duque de Nevers*, t. II, p. 716.

el partido católico, siguió siendo, á pesar de su conversión, favorable á los reformados; dándoles la libertad religiosa, puso fin á las perturbaciones que habian desgarrado la Francia y la libertad al mismo tiempo de la influencia española. En cuanto la monarquía reconquistó su independencia, volvió á empezar su lucha contra el Austria. Uno de los primeros actos de Enrique IV fué declarar la guerra á España. La guerra no tenía el carácter religioso que hubiera tenido si el rey hubiera permanecido adicto á la religion de Calvino: en su manifiesto no hablaba más que de los peligros de la Europa, amenazada por la ambicion de España (1). Sin embargo, en el fondo del debate se hallaba la religion; porque las pretensiones de la casa de Austria á la monarquía se fundaban en el catolicismo; combatirla, es combatir al mismo tiempo por la libertad religiosa. Hé aquí por qué fué emprendida la lucha por príncipes reformados; así sucedió en tiempo de Richelieu; así sucedió también en tiempos de Enrique IV. El rey de Francia no estaba en estado de sostener por sí solo la guerra contra el formidable poder de España, y se vió obligado á volver necesariamente á la idea de una liga protestante.

El aliado natural de Enrique IV era la reina de Inglaterra. En 1595 le escribió: «Teniendo por enemigo comun al rey de España, el cual no tiene más fin que perturbar y trabajar nuestros reinos por sus armas continuas y artificios acostumbrados, nosotros debemos unir también nuestros esfuerzos y los medios que Dios nos ha dado para desbaratar sus designios» (2). Las palabras del rey de Francia no fueron mejor acogidas que lo habian sido las del rey de Navarra (3). Desde la ruina de la *armada*, Felipe II habia dejado de inquietar á Inglaterra; Isabel se creía al abrigo de todo peligro, y no pensaba entrar en una lucha cuyo resultado debía ser engrandecer á la Francia y darle la supremacía que hasta entonces habia pertenecido á la casa de Austria. Enrique IV no encontró más simpatías en Alemania; los calvinistas le eran favorables, pero por esto mismo los luteranos le eran hostiles. Los

(1) POIRSON, *Historia de Enrique IV*, t. I, p. 276.

(2) *Cartas misivas de Enrique IV*, t. IV, p. 419.

(3) FLASSAN, *Historia de la diplomacia francesa*, t. II, p. 156 y sig.

príncipes protestantes no comprendian cuánta verdad decia Enrique IV al manifestarles «que su conservación estaba unida al buen éxito de sus negocios y de su reino» (1); se excusaron alegando que no podian, como miembros del Imperio, tomar parte en una alianza extranjera. Enrique IV buscó enemigos á la España por cualquiera que habia comunidad de intereses contra la dominación de la casa de Austria. Se dirigió al sultan, no sin lamentarse de la indiferencia de los príncipes cristianos, y sobre todo de Isabel, cuyo apoyo habia contado (2); pero la alianza con los infieles no habia sido jamás provechosa á la Francia: Enrique IV no recibió de ellos ningún socorro eficaz. Al fin de sus negociaciones quedó solo en campaña.

Felipe II no habia renunciado á la ambicion de toda su vida; á pesar de los fracasos que habia sufrido en Inglaterra y en Francia, perseveraba en los designios de la monarquía universal bajo la bandera del catolicismo; contando con las inteligencias que conservaba con la liga, hizo una ruda guerra á Enrique IV. La toma de Calais asustó á los Ingleses. Cuando se vieron amenazados, consintieron en hacer una liga ofensiva y defensiva con la Francia. Las Provincias-Unidas entraron en la alianza. Esta coalición de las potencias marítimas con un Estado militar hubiera podido ser fatal á España, si Isabel hubiese puesto todas sus fuerzas á la disposición de Enrique IV; pero fué aliada tibia del rey de Francia, del mismo modo que habia sido defensor poco celoso de los hugonotes. Enrique le escribía las cartas más suplicantes: «Yo no puedo creer, dice, que permitais jamás, y ménos lo deseéis, la ruina de vuestro mejor hermano y más fiel amigo, cuya conservación sirve como de trofeo, no ménos á vuestra bondad que á vuestra prudencia.... No os afligiria con mi aflicción si no tuviera completa confianza en vos, y si pudiese salir sin vos, de la perplejidad en que la toma de Amiens ha sumido mis negocios» (3). Se trasluce la desconfianza en medio de la lisonja, y era legítima. En una carta confidencial dirigida á su embajador en Roma, el rey

(1) *Cartas de Enrique IV*, t. IV, p. 462.

(2) *Id.*, *ibid.*, p. 475-478, 937.

(3) *Cartas de Enrique IV*, t. IV, p. 770.

confiesa que sus vecinos, con cuyo auxilio había contado, no parecían demasiado contristados por sus penas, que más bien esperaban aprovecharse de su necesidad, principalmente la reina de Inglaterra. En efecto, Isabel no se avergonzó de pedir Calais, en el caso de que la ciudad fuese vuelta á tomar, y subordinar sus auxilios á esta restitución; Enrique IV, indignado, contestó que si había de ser despojado, prefería serlo por los enemigos y no por los amigos (1). El rey escribió á su embajador en Constantinopla estas amargas palabras: «Haya la amistad que se quiera entre los príncipes, apénas ceden nada unos á otros de lo que se refiere á su grandeza, á la manera de aquellos que sacan partido de todo lo que se presenta, sin tener en cuenta los intereses de sus más queridos amigos; así lo practican los Ingleses más que cualquiera otra nación» (2).

Enrique IV esperaba un auxilio serio de su poderosa vecina, cuando se comprometió en la lucha contra España. Reducido, por decirlo así, á sus propias fuerzas, se dió por contento con acoger las proposiciones de paz que le hizo Felipe II, y que dieron por resultado el tratado de Vervins. La Francia, aniquilada por medio siglo de guerras civiles, no estaba en estado de destruir el poder de la casa de Austria, y Enrique IV aprendió á su costa que las Provincias-Unidas é Isabel no hacían la guerra más que por su interés. Cuando las negociaciones de Vervins, los papeles cambiaron súbitamente. Miéntras habían durado las hostilidades, el rey de Francia tuvo que suplicar, que implorar á Isabel, para obtener sus recursos, que no los concedía más que con mano avara y envidiosa; tuvo más de una vez que excitar á las Provincias-Unidas á que cumpliesen sus compromisos (3). Cuando se trató de negociar la paz, sus aliados no quisieron ya oír hablar más que de guerra. Enrique IV escribió á sus plenipotenciarios: «He hallado á los diputados de las Provincias-Unidas tan feroces y tan distantes de la paz, que con gran trabajo he podido únicamente hacerles comprender las razones y necesidades que me han obliga-

(1) *Id.*, *ibid.*, p. 751.—DE THOU, *Historia universal*, lib. cxvi.

(2) *Cartas de Enrique IV*, t. IV, p. 861.

(3) *Cartas de Enrique IV*, t. IV, p. 797 y sig.

do á entablar la negociacion; han recibido la instruccion de no hablar más que de la continuacion de la guerra» (1). Los Holandeses permanecieron imperturbables durante todo el curso de las negociaciones; decían no tener poder más que para ofrecer sus fuerzas para continuar las hostilidades (2). Concíbese su oposicion á toda idea de paz; estaban persuadidos de que la guerra era el único medio de salvarlos (3). Más difícil de comprender es la resistencia de Isabel, que había mostrado siempre tanta repugnancia por la guerra, y que no la hacía más que con flojedad é irresolucion. Su política, segun un hábil diplomático, era la del egoísmo: «La reina de Inglaterra, dice *Jeannin*, querrá siempre lo que debe querer por razon de Estado y no por otra alguna» (4). ¿Cuál era, pues, su objeto entorpeciendo las negociaciones de Vervins? Ella rechazaba la paz, porque la paz era favorable á la Francia; Enrique IV es quien nos lo dice: «Los embajadores de Inglaterra hubiesen querido hacerme perder, por medio de sus dilaciones, la ocasion de pacificar mi reino, para hacer siempre su negocio á mi costa y aprovecharse de mis trabajos.» ¿Estaba al ménos decidida á combatir seriamente? Enrique IV dice «que sus embajadores hubieran querido impedirle hacer la paz sin comprometer á su señora á la guerra» (5). «En definitiva, escribe el embajador de Francia en Inglaterra, estas gentes no tienen deseos de paz ni de guerra, sino solamente de mantener nuestras desgracias, para hacer mejor su negocio» (6). Enrique IV no hizo caso alguno de las representaciones de sus aliados; pensaba, segun dicen sus plenipotenciarios, «que Dios le había hecho rey de Francia para mantener á sus súbditos en reposo y felicidad, y no para saciar los malos deseos de los que creían que la seguridad de su fe-

(1) *Memorias de BELLEVEU* y de *SILLERY*, t. I, p. 207 y sig.

(2) Carta de Enrique IV á sus plenipotenciarios en Vervins, (*Memorias de DU PLESSIS MORNAY*, t. VIII, p. 414.)

(3) *Id.*, *ibid.*, p. 313.

(4) Opinión de *Jeannin* sobre la paz futura, en las *Memorias de DU PLESSIS*, t. VII, p. 531.

(5) *Cartas de Enrique IV*, t. IV, p. 973 y sig.

(6) *Memoria sobre Isabel y Enrique IV*, en 1597, por *PREVOST PARADOL* (Señores de la Academia de ciencias morales y políticas, 1856, t. I, p. 306, 323.)

licidad dependía de la ruina de los Franceses y de la humillación de su corona» (1).

La reina de Inglaterra echó en cara vivamente á Enrique IV su falta de fe; se había comprometido á no tratar sin el concurso de sus aliados, y entraba en negociaciones sin contar con ellos. « La falta de fe, dice Isabel, la incertidumbre de la amistad, es la más injusta de todas las cosas humanas y la que más compromete hasta la existencia misma del mundo. Yo no puedo creer que os hayais olvidado de los servicios que os he prestado, y que seais culpable de ingratitud, ese pecado capital, que podría muy bien llamarse el pecado contra el Espíritu-Santo» (2). Es verdad que Enrique IV había pedido la alianza, pero si se veía obligado, por el aniquilamiento de la Francia, á abandonar á sus aliados, ¿no era la falta de los Ingleses, que tomaban parte en la guerra, bastante más por fomentar los males de una nación rival, que por humillar á la casa de Austria? En todo caso, Isabel no tenía razón en quejarse de Enrique IV; porque en el momento mismo en que le echaba en cara el tratar con España, ella negociaba bajo cuerda con el archiduque Alberto; esperaba hallar en el futuro señor de los Países-Bajos un nuevo duque de Borgoña, es decir, un enemigo nato de la Francia (3). Hay más: Los negociadores franceses tenían la convicción de que la reina estaba pronta á tratar con España á costa de la Francia; si Felipe hubiese querido cederle á Calais, ella se hubiera entendido con él (4). Así, pues, Isabel, que escribía tan bellas frases sobre la fidelidad en el cumplimiento de los compromisos, estaba dispuesta á romper los suyos si le devolvían Calais. Jamás la envidia nacional de los Ingleses se había mostrado bajo un aspecto más odioso. En cuanto llegaron sus embajadores, Enrique IV escribió á sus plenipotenciarios: « Yo no dudo

(1) Carta de los plenipotenciarios al rey. (DU PLESSIS MORNAY, *Memorias*, t. VIII, p. 273.)

(2) RAUMER, *Briefe aus Paris*, t. I, p. 413.

(3) Carta de Enrique IV á Jeannin, 1607 (*Negociaciones de JEANNIN*, en PETITOT, segunda serie, t. XII, p. 527): « El objeto (de los Ingleses) ha sido siempre hacer renacer la alianza de la casa de Borgoña contra la Francia, por medio de su unión con los archiduques.»

(4) PREVOST PARADOL, en las *Sesiones de la Academia de ciencias morales y políticas*, 1855, t. III, p. 427; 1856, t. I, p. 151 y sig.

de que les habrá dolido mucho la rendición de Calais, y de que harán secretamente cuanto puedan para perjudicarme de una manera ó de otra.» « Quieren tener á Calais, añade Villeroy; este es el objeto de su ambición, de sus disimulos y artificios.» « Puesto que, responden los plenipotenciarios franceses, la reina piensa que es tan bueno el poseer á Calais, somos de opinión que lo guardemos para el rey y para sus hijos» (1).

La paz de Vervins parece á primera vista un inmenso fracaso para la España. Felipe es quien toma la iniciativa de las negociaciones; para obtener la paz, ofrece renunciar á todas sus conquistas; desmembra la monarquía, cediendo los Países-Bajos á su hija la infanta Isabel. ¿No era esto abdicar de su ambición á la monarquía universal? Verdad es que Felipe II cedía sin haber sido vencido, pero al fin cedía y reconocía á Enrique IV como rey de Francia, después de haber amenazado al papa con una guerra implacable si le concedía la absolución.

Si el rey de España retrocedía, lo mismo hacía Enrique IV; había declarado la guerra, y se veía obligado á hacer la paz después de una lucha de algunos años que no le había sido nada favorable; había proclamado, á la faz de la cristiandad, que quería humillar el poder amenazador de la casa de Austria, y se veía obligado á confesar que no se hallaba en estado de poder sostener las hostilidades. Los dos reyes rivales sufrían la misma necesidad. En Vervins, los plenipotenciarios franceses confesaron que jamás había estado tan empobrecida la Francia (2). España estaba tan aniquilada como la Francia: el señor del Perú acababa de hacer bancarota, sucumbía bajo el peso de empresas que sobrepujaban á sus fuerzas.

Tal fué el resultado de la primera lucha entre la Francia y la casa de Austria: más fué una tregua que una paz, y la tregua no suspendió más que las hostilidades públicas. En 1607, Enrique IV tuvo explicaciones muy vivas con España. Un secretario de embajada, sorprendido en flagrante delito de conspiración, fué dete-

(1) *Memorias de SILLERY y de BELLIEVRE*, t. I, p. 208-261.— *Memorias de DU PLESSIS*, t. VIII, p. 482.

(2) *Memorias de BELLIEVRE y de SILLERY*, t. I, p. 154.

nido; el embajador lo reclamó, lamentándose de que los privilegios asegurados por el derecho de gentes á los ministros eran desconocidos. Enrique IV respondió «que si los embajadores eran personas sagradas, también estaban obligados á no violar el derecho de gentes, como lo hacían cuando trataban de corromper á los súbditos del príncipe cerca del cual servían, y so color de paz y de amistad, maquinaban contra su persona y su Estado; que el rey de España había sobornado siempre, desde el tratado de Verbins, á sus súbditos para hacerles sublevarse contra su Estado, y que los embajadores habían sido los principales instigadores de estas conspiraciones.» Enrique IV hacía otro tanto: no viendo seguridad alguna en la amistad de la España, sostenía á los Países-Bajos en su lucha contra la dominación española (1). En 1597, envió un embajador á Isabel; en las instrucciones que le dió, se lee: «Que deseaba debilitar aquel poder español, que no le parecía buscar la paz más que para tomar aliento y llegar mejor á su primer objeto, que era triunfar del resto del mundo» (2). Enrique IV no perdió de vista ni un instante lo que él llamaba su *gran proyecto*, la humillación de la casa de Austria. La lucha no estaba, pues, más que aplazada, y ha de llenar la primera mitad del siglo XVII.

§ IV.—La política de los papas durante la segunda mitad del siglo XVI.

Felipe II era el campeón del catolicismo; combatió la herejía en Francia, en Inglaterra y en los Países-Bajos. Pero la Iglesia tenía otro jefe, que reclamaba un derecho divino sobre toda la cristiandad. Puesto que estaba empeñada la lucha entre la religión del pasado y la Reforma, los papas debían tomar parte en ella; hasta hubieran debido estar á la cabeza de una cruzada contra los pro-

(1) Conferencia entre el rey Enrique IV y el embajador de España. (*Memorias de NEVERS*, t. II, p. 858.)

(2) PREVOST PARADOL, *Memoria sobre Isabel y Enrique IV*. (Sesiones de la Academia de ciencias morales y políticas, t. XXXIV, p. 118.)

testantes. En vano trató el pontificado de unir á los príncipes católicos contra el protestantismo; los príncipes no atendían más que á su interés político. Si Felipe II estaba siempre armado para la defensa de la fe, es porque su ambición se confundía con el catolicismo: le interesaba que no hubiera más que una sola fe, para que no hubiese más que un solo rey, el rey católico. Los papas eran, pues, los aliados necesarios de Felipe II. Sin embargo, el acuerdo, aunque indicado por la naturaleza de las cosas, no fué tan íntimo como pudiera creerse. Al principio del reinado de Felipe, un papa, animado de un odio ardiente contra el nombre español, trató de expulsar á quella raza maldita de Italia, y á fines del siglo XVI, otro papa rompió la alianza para acercarse á un príncipe contra el cual había lanzado todos sus rayos la Santa Sede. La alianza no existió realmente más que bajo el pontificado de algunos papas, á quienes puede llamarse los papas de la reacción católica. Una pasión seria los inflamaba: querían restablecer la dominación de la Iglesia. Esta grande ambición acalló los pequeños intereses italianos de los obispos de Roma; prestó grandeza á varios pontífices, pero el entusiasmo de la fe no fué de larga duración. Hasta se puede dudar que haya sido tan serio como se le imagina, porque el nepotismo no perdió jamás su imperio; siguió más bien creciendo en el siglo XVII. Este miserable régimen consumió la decadencia del pontificado.

Se ha celebrado mucho la reacción católica; los papas verdaderamente celosos por la causa de la fe fueron una excepción, aún en medio de la lucha del catolicismo y de la Reforma. Hemos visto á Pablo III deplorar el haber sostenido á Carlos V contra los protestantes de Alemania, y deplorar casi la victoria del emperador sobre los herejes. Hemos visto á Pablo IV lanzarse á una guerra apasionada contra el rey católico. Habiendo sucumbido los papas hostiles á España, la Santa Sede sufrió más bien que aceptó la protección del poderoso rey. Después vinieron pontífices insignificantes; Julio III, Pío IV, que se doblegaban á la fuerza. Es preciso llegar hasta Pío V para encontrar un papa convencido hasta el fanatismo. La Iglesia lo celebra como uno de sus santos, y bajo su punto de vista tiene razón; pero el santo católico no es á los ojos de la historia imparcial más que un espíritu